

LOS CURAS OBREROS. PUNTO FINAL

Por Carlos Real de Azúa

En Marcha, N° 984, Montevideo, 6 de noviembre de 1969, p. 26

La Religión y la Lucha Social integran (junto a dos vecinos menos decorosos: el sexo, el crimen) el rubro de esas grandes cuestiones –y más cuando se ofrecen imbricadas– que siempre despiertan ecos. Por ello mi artículo “Entierro de los curas obreros” tuvo –y era fatal– que suscitarlos. Hubo algunos que pertenecen a lo que no se contesta y podría referirme, para ejemplo, a un malevolente sueltito del diarios criptocívico. Unos cuantos debates verbales, con objeciones a menudo inteligentes, no deben recapitularse aquí. Un largo y profundo análisis de la profesora María del Socorro Argencio constituye un todo demasiado importante para que pueda ahora aludir a él lateralmente y sólo nos queda desear, muy de veras, su próxima publicación. El P. André Vincent en el número anterior de MARCHA se sumó a los objetores. Hábil y cordial, el artículo del eminente amigo dominico merece (junto a ciertos asentimientos que no le retaceo) algunas precisiones. Para ser breve, para no robarle a MARCHA un espacio que ya no puede dedicarle a esta cuestión, voy a numerarlas.

1 – Me enrostra el P. Vincent desconocer la obra de “los sacerdotes de la misión obrera”. Tiene, en lo relativo, razón. Pero yo a mi vez le observo: como también esta modalidad de acción se suprime, hay que pensar dos cosas: o aquellos actuaron mal, insuficientemente, ya que ahora se les reemplaza por laicos y entonces, por contraste, la eficacia de los C. O. queda probada; o los sacerdotes de la “misión obrera” actuaron bien, y así, las críticas que puede provocar la supresión de las C. O. se hace extensible a ellos.

2 – No negué lo que, como quien soy, no puedo dejar de creer, esto es, en la eficacia sobrenatural del bautismo. Pero nadie puede dejar de pensar que *socialmente* sino *teológicamente*, una generación que sólo ha recibido el Bautismo importa, en la evolución normal de Occidente, la precursora de otra que no recibe sacramento alguno.

3 – Se refiere varias veces el P. Vincent al “obrero laico”. Pero la instrucción del Cardenal Pizzardo no lo menciona y, de todo el contexto del documento, se desprende que serán laicos, pero de otras clases, los que irán “en misión” al medio obrero. No dudo que mis observaciones sobre la eficacia comparativa del laico y del C. O. se mueven en el plano de la psicología presuntiva pero tampoco dudo que si no se trata, como parece, de “obreros” por condición nativa, esas presunciones no quedan destruidas.

4 – No cabe objeción posible a la afirmación del documento que, reitera el P. Vincent, sobre la incompatibilidad de la condición de obrero y la concepción tradicional del sacerdocio. Pero cabe preguntarse: ¿no se está sosteniendo siempre (y hasta enfatizando) que la Iglesia debe ser un ejército y que en la lucha de ideologías se da la “*onanium bellum contra omnes*”? Si esto es así, una guerra implica víctimas y las víctimas de la Fe son honradas como *mártires*. Aceptándose, sin embargo, lo precedente, se hace enseguida el distingo: puede arriesgar la “Iglesia visible” la vida de sus sacerdotes; no puede

arriesgar sus almas, su misión. ¿Hay alguna seguridad, empero, algún timbre de alarma, para saber cuándo se está comprometiendo peligrosamente un alma humana, de clérigo o de laico? ¿Cuántas almas de sacerdotes no se han perdido en las apacibles rutinas parroquiales? Si el razonamiento se extremase habría que convertir a todo el clero en una orden contemplativa, cuidadosamente enclaustrada.

5 – Me reprocha el P. Vincent (y no sólo él lo ha hecho) mi comparación entre las advertencias que la Instrucción levanta ante el medio obrero y su silencio ante los peligros que pueden desnaturalizar el sacerdocio en las clases altas. Sostiene que la naturaleza del documento que debatimos le obliga a ser muy concreto y a ceñirse al punto en cuestión. Ojalá sea ésta la causa. Pero las mismas observaciones de mi replicante pueden ser replicadas. La crítica se dirige no al medio obrero en bloque sino a sus sectores “más materializados, más marxistizados”. Habría que preguntarse ¿qué grado de marxismo teórico, estricto, de materialismo dialéctico, penetra en los medios obreros comunistas? Y ¿el marxismo teórico que se hace “praxis” arrastra, acaso, una dosis mayor de materialismo práctico, de hedonismo, de inmediatismo (entendámonos) del que se puede encontrar en otras clases, y especialmente en la alta burguesía? Lo creo muy dudoso. Y creo, sobre todo, que pocas palabras como las de “materialismo” y “espiritualismo”, tan llevadas y traídas en el choque de las ideologías, están exigiendo un tan urgente replanteo, una definición semántica tan cuidadosa.

6 – No sostuve (creo) que el sacerdote tenga que participar en la lucha de clases junto a los obreros, ni menos que levantar el puño. En una sociedad deseable, en una sociedad madura y justa, el clero, como el ejército, debe hallarse al margen de las clases económicas y de sus pugnas. Bien. Pero las clases existen y también existe la lucha entre ellas. Ese “estar al margen” solo es digno si se posee un prospecto firme sobre lo que la comunidad debe ser, sobre la función y la retribución que a cada clase corresponde. Es decir: ese “estar al margen” solo es legítimo si se tiene conciencia de la dinámica social y si se lucha por su mejor dirección. Que no se identifique “calidad humana” y “clase” parece lo correcto en un sacerdote. Que no se desee la destrucción de ninguna en cuanto está formada por seres humanos concretos, que no se desee su muerte sino su “arrepentimiento” y “salvación”, resulta inseparable de la esencia del cristianismo mismo. Pero hay muchas formas de prescindencia de la lucha de clases que terminan pareciéndose demasiado a un consentimiento conservador en el “statu quo” y aunque la Instrucción de Pizzardo tenga un fin concreto, no hubiera estado de más alguna precisión sobre punto tan candente.

7 – El tema de la relativa vetustez de las Encíclicas sociales no puede ser dilucidado aquí. Tengo la seguridad de no estar solo en mi opinión. Pero con decir que contemplan en lo esencial la moralización, en sentido cristiano, de la vida económica, con recordar que son de 1891 y 1901, no es difícil pensar que no se ajustan a las realidades sociales y económicas de treinta y setenta años más tarde. Sostener lo contrario sería caer en el mismo error del marxismo, que cree vigentes las críticas hechas por Marx al capitalismo de la Era victoriana. Pongamos un ejemplo bastante vivo: en su admirable libro sobre “Le marxisme en Union Soviétique” un escritor tan poco heterodoxo como Henri Chambre plantea el caso de si el derecho de propiedad individual que posee el campesino del koljós soviético no podría obligar a revisar las tan reiteradas declaraciones pontificias sobre la

incompatibilidad entre una economía colectivizada y centralizada ese margen, ese “mínimo” de propiedad “personal” que para una filosofía cristiana de la sociedad es condición del pleno desenvolvimiento del ser humano.

8 – Desde el punto de vista católico, la experiencia de las C. O. estaba, sin duda, llena de peligros. Asiento en esto a todo lo que dice mi replicante. Pero lamento que no vea con la misma intensidad (tal vez con la misma pasión) que yo, lo que –a mi por lo menos– me resulta incontrovertible. Y es que esa experiencia constituyó la primera grande y directa tentativa cristiana por instalarse en lo que es el cogollo, la médula del mundo de nuestro tiempo: *la sociedad industrial*. Que no todos los países sean en esto iguales, es cierto; que por su atraso técnico y social está mucho menos integrado a la sociedad, mucho más “insularizado” que el alemán, el inglés o el norteamericano es indiscutible, pero el brío, el heroísmo, en acierto, en fin, de la tentativa merecía, creo, una recapitulación más benévola de las que suelen hacerse.

9 – Una última observación, para que el estimado amigo Vincent, doctor en almas, la cargue en el debe de la debilidad vanidosa. Mi artículo no estaba inspirado en “periodistas franceses”. No leí otro artículo que el muy breve acápite que el documento de Santo Oficio llevaba en “Le Monde”. Si mi replicante lo posee, verá que no es mi fuente. Muchos pecados podrán llevar mis largas y enmarañadas notas, desesperación de linotipistas, pero no la de ser recocidos de “periodistas franceses”. Como no fueran, en este caso, Emmanuel Mounier o Albert Béguin que, como es notorio, no estaban en condiciones de decir su opinión.